Siglo XXI

AÑO 1
Nº 1
7 SEPTIEMBRE 2015

Publicación de debate anarquista

Seguimos enfangados

El tiempo transcurre con una parsimonia decadente. Discutimos, nos reunimos, nos miramos a las caras y persistimos en un aislamiento que lejos de conmovernos nos paraliza. Protegidos en nuestros *grupos de afinidad*, afrontamos proyectos aislados, unigrupales, que poco dicen de nuestra capacidad colectiva de trascendencia e imaginación. Participamos en los movimientos sociales como autómatas revolucionados, persistentes en el discurso, ausentes al tiempo que nos ha tocado vivir, sin proyección de futuro.

Esta es una forma posible de auto describirnos, los anarquistas, una entre muchas. Ni la mejor ni la peor. Ahora bien, desde 1979 no hemos ido a más sino a menos. Quizá ahora, gracias al 15M hemos sacado la cabeza del lodo y mirado al exterior, siempre al margen de la realidad histórica, a remolque de los acontecimientos. La virtud del 15M ha sido despertarnos del letargo de decenios y, sobre todo, poner en contacto a diferentes generaciones en un espacio común. Las asambleas en la calle lo han conseguido. Lástima que ese impulso renovador se esté extinguiendo

Nuestro proyecto global, la Anarquía, bien es sabido, es a largo plazo; no obstante, esa construcción se hace en el ahora y en el ahora estamos fallando, también en el 2015, porque nos falta perspectiva, una mirada global que, sin uniformizar, nos guíe hacia ese horizonte que aventuramos ideal. Nos hace falta debate, debate colectivo, con afán de construcción. Hay mucho que analizar y que valorar, siempre autocríticos, sin renunciar a nada pero posicionados con fuerza ante el reto de la historia. O nos movemos o nos convertiremos en una tribu residual invisible.

Tolerancia cero con las agresiones a mujeres

La sangría de muertes que recrea la prensa a diario es inaceptable. La negligencia de los estamentos públicos con la prevención de la violencia de género nos da una buena pista del concepto que tiene sobre los derechos de la mujer la sociedad capitalista. Ser mujer en esta sociedad es una desgracia por diversos motivos. Uno, por estar sometida a la voluntad de un varón (dominación patriarcal). No siempre es así, por supuesto, pero existe una cierta complacencia en muchos varones a la hora de representarnos como supeditadas a su protección, influencia o saber, que es mucho decir (entiéndase padre, hermano, novio, compañero, jefe, maestro y otros que se nos puedan ocurrir). Otro, por haber sido educadas, precisamente, para asumir e interiorizar esa sumisión que es la causa final de nuestra autodestrucción psíquica y en ocasiones física. Pero nuestro problema no se resume en esos dos puntos, no se queda ahí, llega más lejos. Al día de hoy, cobramos menos que los varones, o simplemente no cobramos. Y digo que «no cobramos» porque si vivimos con un compañero (en mi caso), me quedo embarazada y me dedico a la crianza, estoy lista del todo. Me expulsan del mercado laboral y paso a depender económicamente de mi pareja, el peor de los errores que podemos cometer. Así, sufrimos explotación económica, explotación en la crianza y explotación en las relaciones que mantenemos con otros u otras personas.

Esto se remedia, efectivamente, a largo plazo, con educación. Una educación que trasciende a la meramente infantil. No solo deberíamos trabajar con los niños y niñas sino con los hombres y mujeres adultos que somos. Cuestionando constantemente las relaciones de dominación que establecemos inconscientemente –a pesar de la ideología– con nuestros compañeros y compañeras de la vida y de la acción social. Quizá no debería separar ambos ámbitos pero es que se da en la realidad. No tendríamos que dar nada por hecho, nada por sabido. Aprendemos día a día de nuestras taras heredadas, y deberíamos corregirlas para ser mejores y evolucionar en pro del bien común. No somos quiénes para salvar a nadie por la fuerza, pero sí tenemos que tomar con-

(Continúa en la página 2)



Desconexión generacional

En el editorial que abre este primer número decimos que «estamos enfangados», yo quizá no lo llamaría de ese modo, pero sí utilizaría un adjetivo parecido: lastrados, bloqueados, o bien, usando terminología muy actual, somos disfuncionales. Es decir, nuestras conductas no son útiles ni nos aproximan ni de lejos a nuestra «Idea» soñada y tan mentada. ¿Esto por qué? Puede haber muchas razones que un amplio debate esclarecerá. Yo me centraré en algunas de las que veo, que, por supuesto, me afectan a mí y a los compañeros y compañeras con las que comparto tiempo y práctica.

En primer lugar, los anarquistas funcionamos básicamente a nivel colectivo a partir de asociaciones de afinidad, los denominados «grupos de afinidad» (GA); una forma natural de estar en las luchas y de sobrellevar la vida cotidiana. Esto en sí mismo no es un problema, sino al contrario. Ahora bien, los GA, aparte de por otras motivaciones, se generan con una proximidad en la edad. Se podría decir que cada grupo pertenece a una generación, y suele ser bastante atípico que en un GA participen personas de distintas generaciones. Cada generación, sobre todo a partir de los años ochenta, comparte unas características culturales, económicas, tecnológicas, de necesidades diarias y estéticas que les distancian de las siguientes generaciones, o de las anteriores. Además, el mundo del trabajo ya no es un nexo de unión debido al paro y a la precariedad en el empleo. De este modo, cada GA nace, se relaciona con otros GGAA próximos, generacionalmente hablando, y muere sin dejar el testigo a nadie porque no hay nadie para tomarlo.

Antes de la Segunda Guerra Mundial se puede decir que no existían demasiados cambios sociopolíticos y económicos entre una generación y otra. Si los había eran fácilmente asumibles. Después, el proceso se aceleró, produciendo importantes desconexiones e incomprensiones intergeneracionales. A España este fenómeno tardó más en llegar pero al final llegó, sobre todo a finales de los años setenta y principios de los ochenta. Tras la caída de la CNT en 1979, desapareció un espacio común en el que se encontraban las distintas generaciones existentes, movidas por una necesidad de asociación autodefensiva para afrontar el mundo del trabajo.

Fuera de ese espacio común, justificadamente abandonado, nos hicimos «autónomos», siempre lo fuimos y siempre lo seremos —la autonomía es un principio fundamental en todo anarquista—. Pero convertimos la «autonomía» en un fin en sí mismo, sin pretenderlo, lo que nos llevó a un callejón sin salida. Eso sí, llenamos las cárceles de presos por arañar levemente la pared del «sistema». Muchas personas compartimos ese furor fugaz de resistencia a los nuevos tiempos «democráticos» que impregnaban el después del franquismo.

La «autonomía» fue una necesidad en los primeros setenta para superar las burocracias sindicales y a los partidos de izquierdas y de extrema izquierda que pretendían erigirse en vanguardia de la clase trabajadora. Pero la autonomía perdió su momento cuando la clase obrera se domesticó y aceptó las reglas del juego capitalista, en vez de pasar a la ofensiva y avanzar hacia un horizonte revolucionario. Así llegamos a mediados de los ochenta y el suelo desapareció bajo nuestros pies. Estábamos en el paro, fuera de las fábricas, navegábamos sin rumbo una vez fracasado el «Referéndum anti-OTAN». Con la sensación de haber perdido todo sueño de futuro transformador, nos sumergimos en un presente en el que nada era igual que antes y en el que los conflictos se enfocaban separadamente: okupas, feministas, antimilitaristas, ecologistas, conservacionistas, anarcosindicalistas, autónomos, cooperativistas y todos los demás *istas* que podamos imaginar. La resistencia se fragmentó, las luchas se aislaron, cada grupo fue por su lado. La sopa de letras firmante de los carteles de convocatorias se multiplicaron; y las distintas generaciones se fueron distanciando porque ya no compartían elementos comunes. No se comunicaban en los talleres ni en las fábricas (quedaban pocas fábricas), no compartían los ateneos libertarios (porque en su mayoría habían desaparecido); no participaban en el gran aprendizaje que son las asambleas convocadas para resolver un problema o tomar una decisión colectiva. Tampoco compartían la música, ni las nuevas formas de expresión cultural, ni los libros, ni las publi-

(Continúa en la página 2)

*(Viene de la página 1. **Tolerancia cero con las agresiones a mujeres**)*

ciencia de la necesidad de salvarnos a nosotras mismas de las relaciones de opresión que nos afectan y que podemos reproducir en nuestro entorno, incluso sobre nuestros hijos e hijas.

¿Y qué hacemos con los agresores? Este es otro tema. Digamos que aquí voy a hablar de lo que podrían hacer las agredidas y las personas que saben que se está agrediendo. Si antes hablaba de actuaciones a largo plazo. Ahora nos adentramos en la problemática que impone el corto plazo y que se manifiesta siempre con carácter de urgencia.

Quizá, como punto de partida, podríamos establecer una premisa de gran popularidad: «Si agreden a una nos agreden a todas». Nadie puede moralmente permanecer indiferente ante una agresión de género (podríamos generalizarlo a otros contextos). Hacerlo nos convierte en cómplices de un suplicio evitable. A las mujeres les podría decir que se defiendan con «todo», que se vayan del lado del agresor, que busquen apoyo en la colectividad, en el vecindario, en su «tribu» particular, y sobre todo que le denuncien públicamente: en la familia, entre los amigos, en su entorno cercano y menos cercano. Colectivamente se deberá gestar un cordón de protección alrededor de la víctima para que recupere la seguridad y un mínimo de confort. El agresor mata a la víctima porque esta se encuentra aislada, silenciada, asumiendo un castigo que en ocasiones cree merecido o que ha provocado. El agresor también mata porque puede, porque sabe que ella está indefensa.

Reflexionemos sobre ello. Mis palabras son solo una pincelada fruto de la frustración que la práctica diaria tendrá que dar forma.

*(Viene de la página 1. **Desconexión generacional**)*

caciones alternativas. Dejó de existir una inteligencia anarquista colectiva y un respeto por esas personas que tenían más años y muchas cosas que contar. Las generaciones mayores se alejaron de las más jóvenes porque no entendieron que los tiempos habían cambiado y el tajo ya no era la piedra angular de la revolución. Las generaciones jóvenes, debido a las necesidades propias de su edad, dieron de lado a todo lo que significara «viejo», o proviniera del pasado, sin darse cuenta de que todos partimos de aprendizajes que se han originado en la experiencia de nuestros antecesores.

Así han ido transcurriendo los años y hasta el 15 de mayo del memorable año 2011 no volvimos a reencontrarnos en un espacio viejo conocido: la calle, las plazas. Las asambleas volvieron con el 15M y la las luchas impulsadas por la PAH, las generaciones volvieron a juntarse, a escucharse, a respetarse. Se disolvieron en el magma de una revuelta espontanea que nos devolvió la ilusión y disolvió las distancias con el resto de personas que querían compartir ideas y esfuerzo. Por fin podíamos coger el micrófono y hablar y hablar y ser escuchados por individuos sin edad, unidos en una explosión de alegría y fraternidad como no se había conocido desde los años setenta.

Estamos en 2015 y ese tiempo ha pasado como un tren que perdimos sin remedio.

Hemos vuelto a encerrarnos en los grupos, al aislamiento, a la adoración de nuestros ombligos ideológicos, vegetando en ellos, aburridos como ostras.

¿Esperamos otra nueva primavera revolucionaria?

Tenemos mucho por hacer, necesitamos recuperar los espacios que nos son naturales, la calle, la plaza, el barrio; y a partir de ahí construir revolución.

Contra las agresiones nazis: autodefensa popular

Las agresiones de grupos fascistas no son una novedad y menos en este país. Los medios de comunicación ningunean sus actos, presentándolos como debidos a jóvenes descerebrados que practican la violencia debido a su inmadurez psicosocial. No discuto que sus niveles de inteligencia puedan ser cuestionables, pero para hacer daño, para agredir y matar con crueldad, no es necesario tener inteligencia superior. Hay que llegar más lejos en el análisis.

¿Por qué resurgen ahora? Durante los últimos años han estado apaciguados porque la extrema derecha gobierna y no va a consentir que sus cachorros campen a sus anchas, dando una mala imagen. En estos momentos las cosas han cambiado sensiblemente, cuando su mayoría parlamentaria está cuestionada por las encuestas de intención de voto, y su acumulación de poder político decae en todos los territorios del Estado; es el tiempo justo para soltar a sus «perros rabiosos», consentidos, cuando no financiados por los poderes fácticos, o dirigidos por elementos de la Seguridad del Estado. La idea que trata de vender la derecha y sus adláteres es que o gobiernan ellos o surgirá el caos. A mayor tensión mayor giro de los votantes a posiciones conservadoras. Mientras tanto, la denominada «izquierda» permanece impasible ante las agresiones, no les dan suficiente importancia, suponen que forman parte del paisaje sociológico de un país ignorante, atrasado y bárbaro como es el nuestro. Sus protestas son tibias, tanto como sus políticas, dirigidas a satisfacer a un electorado conformista; desarrolladas siempre dentro del marco legal y de la doctrina neo liberal, eje de todos los programas electorales.

Los que nos posicionamos al margen de este tipo de discursos tenemos que tener presente que estamos solos ante las acciones fascistas. Permanecer indiferentes no hace más que agravar el peligro de generalización. Solo respuestas serias y colectivas pueden devolver la seguridad y el respeto a nuestras calles y barrios.

La estrategia más adecuada a seguir contra este tipo de grupos violentos —se llamen como se llamen— es la siguiente: concienciación en los barrios de su naturaleza y objetivos, identificación de los mismos y autodefensa popular. Es imprescindible hablar con la gente, organizar asambleas en las que se trate el tema de las agresiones fascistas. La asamblea del barrio debe auto organizarse y promover un debate amplio para que la erradicación de este tipo de grupos se convierta en una exigencia colectiva. El tema de la información es prioritario, conocer a los miembros activos de la extrema derecha violenta, localizarlos y hacer pública su identidad es tan importante como la concienciación popular. Tengamos presente que uno de los agresores neonazis de Bilbao de los últimos días es un presumible «educador social» de un centro vinculado a Cáritas que se pasea tranquilamente por el barrio donde realizó la agresión.

El tema de la autodefensa es más complejo y no lo voy a tratar aquí; sin embargo, forma parte de la intervención global para asegurar no solo la defensa de nuestros barrios sino también, desde un punto de vista más ofensivo, la erradicación radical de este tipo de amenazas.



Bienvenidos los nuevos gobiernos municipales

Puede resultar chocante el titular, sobre todo si proviene de una publicación libertaria; pero no lo es tanto si se piensa con un cierto utilitarismo cortoplacista. Vivimos en municipios y los nuevos gobiernos que se han constituido, al menos de momento, tienen buenas intenciones, es decir, pretenden hacerlo bien, siempre dentro de los márgenes que marca la legislación capitalista; lo que quiere decir que cualquier gestor de recursos municipales podría cumplir esa misma ley si quisiera, no hace falta pertenecer a una «marea» o ser de una «plataforma de izquierdas». Los beneficios que puedan surgir de su gestión, por tanto, que sean bienvenidos.

El problema es que la «ley» tiene margen para amparar tanto la corrupción como el servicio honesto a la ciudadanía. De hecho, la capacidad de maniobra de los municipios es muy limitada, el poder local es escaso, habría que modificar muchas leyes a nivel de todo el territorio para lograr cambios significativos y verdaderamente transformadores. Aparte de la circunstancia, de que los nuevos gobiernos municipales nacen hipotecados por la herencia recibida que difícilmente va a eliminarse en cuatro años. El que las cuentas municipales estén claras no es más que una obligación política y administrativa; el que no se haya hecho hasta ahora indica la catadura de los gestores anteriores.

Estos gobiernos nuevos, en su estrategia de asalto institucional tienen un plan para llevar a cabo, apoyado por la rabia y la frustración de los votantes, muy lejos de una auténtica «conciencia de clase» y de una recuperación del «poder vecinal» abandonado desde la «transición». Lo que significa que una vez que pasen las elecciones generales y se observe cuál es el reparto de poder parlamentario, la derecha y los poderes fácticos van a iniciar, de una manera o de otra, una labor de acoso y derribo de todos aquellos gobiernos municipales ajenos a su control. Aunque muchos de estos logren sobrevivir al cerco, dada la escasa capacidad crítica del electorado es muy probable que —bien por alianzas más o menos lícitas, bien por disensiones internas o bien a través de un cambio de tendencia del elector— estos gobiernos caigan y volvamos al principio, es decir a lo de antes (autoritarismo, corruptelas, amiguismos y reducción cuando no eliminación de derechos sociales) porque, sencillamente, no habrá nadie que los defienda.

Los nuevos gestores han construido su alternativa desde arriba, y lo han hecho bien puesto que han ganado muchos ayuntamientos y comunidades autónomas; han acumulado personalidades con nombre y apellidos pero no han contado con los auténticos protagonistas que deberían sustentarles en el tiempo, los denominados «los de abajo».

No hay un poder impulsor del proyecto municipal solo reacciones emocionales, ahora calientes, que van y vienen según el discurso demagógico del momento y el sesgo mediático. Es una obviedad decir que se ha levantado la casa por el tejado, y se pagará con creces cuando llegue el momento. Se ha perdido una buena oportunidad de aprovechar el tirón del 15M como ejemplo de construcción de «poder popular» y por tanto de una alternativa auténtica a los propios ayuntamientos, meros nidos de corrupción y ninguneo de los derechos ciudadanos, ajenos a las necesidades de aquellos a los que dicen representar.

Por este camino de posibilismos democráticos condescendientes se ha olvidado algo importante: la libertad ni se pide, ni se vota, ni se negocia, simplemente se conquista. Espero que los libertarios estemos aprendiendo la lección y centremos nuestro trabajo donde corresponde.